

Relatos históricos

SECCIÓN A CARGO DE VIVIANA G. BOLOGNA^a, DOMINGO CIALZETA^b Y MÓNICA GARCÍA BARTHE^c

EL HEROÍSMO MÉDICO QUE POCOS VEN Y RECUERDAN

JORGE FIORENTINO^d

La Medicina Argentina ha enriquecido nuestro acervo histórico con figuras descolantes. Solo por dar un ejemplo, el doctor Francisco Javier Muñiz es digno de admiración y merecedor de reconocimientos.

Hablar del Dr. Muñiz es tan justo como extenso, pero vale –hoy más que nunca– contar algunos pasajes de su vida consagrada a la profesión.

Durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas fueron suspendidas las escasas partidas de dinero destinadas al mantenimiento del lugar donde se conservaba la vacuna contra la viruela. En consecuencia, esta vacuna dejó de aplicarse debido a su deterioro y desaparecieron tanto los vacunadores como los locales establecidos para tal fin, por lo cual en Buenos Aires no se aplicaron vacunas por más de 10 años.

Afortunadamente en 1844 el Tte. Gral. Médico Francisco Javier Muñiz, alejado de la metrópolis por sus ideas contrarias a las de Rosas, se radicó en Luján y tuvo oportunidad de reconocer en el ganado vacuno el denominado *cowpox* o viruela de las vacas.

Su espíritu de investigador lo motivó a recuperar la vacuna inoculando la misma en su hija de corta edad con el fin de que las pequeñas pústulas evolucionaran. La niña fue llevada a Buenos Aires para inocular “de brazo en brazo” a otras personas con el virus causante de la enfermedad (*Variola virus*) que contenía la vacuna, recuperando así parte del “terreno perdido” en materia de prevención.

Esta técnica de profilaxis o “variolización”, que quiere decir preservación de la enfer-

medad, fue aplicada con anterioridad a la invención de la vacuna por el médico británico Edward Jenner. Dicha técnica consistía en hacer una incisión en la piel del individuo e inocularle el polvo de las costras de viruela, luego se cerraba la incisión y se mantenía a la persona aislada esperando la curación de la enfermedad, que se había manifestado de una forma leve.

Si bien la viruela pudo erradicarse años más tarde, la vacunación fue aplicándose en forma esporádica, permitiendo que se registrara el último brote en 1946. Buena parte de ese beneficioso logro sin duda se le debe a Francisco Muñiz, entre muchos otros.

Pero aquí no se agota su actividad y su tesón. Con 75 años y desoyendo consejos de médicos y amigos, dejó su segura casa en Morón para asistir a las personas infectadas por fiebre amarilla durante la devastadora epidemia producida en 1871.

Cuando otros se alejaban del foco de la epidemia, Muñiz continuó asistiendo a los infectados y cayó víctima del mal que él mismo combatía. Falleció el 8 de abril de ese mismo año y en su entierro en el cementerio de la Recoleta, el por entonces Presidente de la Nación Domingo Faustino Sarmiento dijo: “...Como el soldado en la batalla, él murió como médico al pie de la bandera de la caridad...”

¡¡¡Cuánto arrojo e intrepidez!!! ¡¡¡Cuánto ruido nos produce esa muerte!!! Pero tanto la vida como la historia de la medicina también están llenas de callado heroísmo y de glorioso silencio.

¡¡¡Cuántas vidas perdieron los que luchando contra la muerte, murieron!!

Muchos extraordinarios colegas han quedado en el insensible confín del pasado y del olvido y aunque más no sea hoy (para pronunciar una vez más su nombre) vale la pena destacarlos.

El doctor Pascual Echagüe (“el vasco”) fue

a. Ex farmacéutica de planta del HNRG.

b. Médico pediatra. Jefe de sección clínica, Depto de urgencia, HNRG.

c. Psicóloga de guardia. HNRG.

d. Jefe del Departamento de Urgencia, HNRG

Contacto: calidadyseguridadguti@gmail.com

el primer médico del Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez fallecido durante un brote de Fiebre Tifoidea el 24 de abril de 1891.

Esta enfermedad causada por la *Salmonella typhi*, era un verdadero y frecuente azote en entornos con saneamiento ambiental deficiente y sin agua potable. La población de la Ciudad de Buenos Aires crecía exponencialmente sin una adecuada urbanización y la radicación de industrias como las curtiembres y saladeros eran importantes fuentes contaminantes.

El Dr. Pascual Echagüe (el primero en el martirologio del HNRG) enfermó y murió cuando todavía se realizaba la atención de pacientes en la segunda sede de nuestro Hospital de la calle Arenales 1462. Esta sede, no obstante las ampliaciones y sus 86 camas, resultaba insuficiente. Abría sus puertas a la salida del sol y las cerraba a las 9 de la noche. El personal era escaso para asistir a la demanda que se incrementaba cada día. Las condiciones de higiene no eran las deseadas y permanentemente se habilitaban camas supernumerarias en el patio del edificio.

Una emocionante carta que Ricardo Gutiérrez le envía a la Presidenta de la Sociedad de Beneficencia, Sra. Isabel H. de Ezcurra, da cuenta del dolor de nuestro Director por la irrep-

parable pérdida de tan joven y excelente médico como fuera el Dr. Echagüe, quien enferma y muere durante estas penosas circunstancias.

Al igual que Echagüe, otros desarrollaron su humanitaria misión, pagando en ocasiones igual tributo. Aquellos que con el corazón herido descuidaron su salud para asistir la ajena, deberían ser el faro de nuestra difícil y cotidiana travesía.

Alberto Tucci falleció de escarlatina, Leopoldo Bottaro de Fiebre Tifoidea, Julio Lorenzo Ciansi y Juan Augusto Bardi –ambos radiólogos– de radiodermatitis y la lista continúa y es extensa... mientras tanto el mundo se colma de llamado heroísmo.

BIBLIOGRAFÍA

- Carta del Dr. R. Gutiérrez a la Presidenta de la Sociedad de Beneficencia Sra. Isabel H. de Ezcurra de fecha 25 de abril de 1891. Vogliano O. Hospital de Niños. Buenos Aires: Ediciones Héctor Macchi. Segunda Edición 1995: 66
- Loudet O. Francisco Muñiz. En: Periódico "La Prensa" de fecha 28/3/1971.
- Revista Archivo General de La Nación 1972, Año 2: 167 (Archivo de la Sociedad de Beneficencia. Descripción de su contenido).